

Una amarga reflexión

Aline Pettersson

Algunos dicen que un ejército de caballería o de infantería, o una escuadra de navíos, es lo más bello sobre la oscura tierra. Yo digo que lo que uno ama.

Me acojo a un epígrafe de la traducción de un fragmento de Safo hecha por el propio Carlos Montemayor. Y es que para comentar la obra, es preciso tomar en cuenta el trabajo en amplio del autor que, en este caso, está lleno de facetas incorporadas a lo que escribe, por ejemplo, su erudición, su postura contestaria pero, también, su fina mirada de poeta.

El primer volumen de la obra reunida por el FCE recoge dos novelas relevantes: *Guerra en el Paraíso* y *Las armas del alba*. Ambas se abocan a tratar esos oscuros tiempos de la guerra sucia que se dio en nuestro país en los años sesenta y setenta, tiempos que no han sido aclarados públicamente hasta ahora. Y aquí tomo las palabras de Mario Vargas Llosa al referirse a la función de la novela: "Sólo la literatura dispone de las técnicas y poderes para destilar ese delicado elixir de la vida: la verdad escondida en el corazón de las mentiras humanas". Y lo que Montemayor hace es novelar los temas históricos después de una cuidadosa investigación.

Las novelas de este corte suelen ofrecer problemas, ya que a menudo la información recabada resulta de un peso abrumador que conspira en contra de su eficacia narrativa. Teniendo a la vista documentos y testimonios orales, los autores suelen no saber de qué prescindir. Todo parece importante y, de hecho, lo es, ¿pero qué tanto resiste una novela los datos completos? Porque no todo tiene la virtud de poder incorporarse en un libro de esta naturaleza sin convertirse en algo demasiado denso para los fines en que fue pensado.

Sin embargo, la cuidadosa selección del material hace de *Guerra en el Paraíso* y *Las armas del alba* dos ejemplos tanto de buena pluma como de goma de borrar. Carlos Montemayor controla la materia en la que se basa y su oído le permite reproducir con eficacia distintos registros del habla. Es probable que pocas de las conversaciones que aparecen sean citas textuales, una novela no lo pretende, pero lo que sí pretende es hacerse creíble, y ambos libros lo consiguen, no sólo por los datos crudos, sino por su elaboración en la escritura que llevan a quien los lee a apropiarse de la historia, del entorno y, desde luego, de los personajes.

Uno de los aciertos de Montemayor es no dar una visión maniquea de quienes transitan por estas páginas, aunque las palabras y los hechos se establecen en el juicio que hace el lector. La visión del paisaje, con su turba de mosquitos y su ruido de aves, las evocaciones, los deseos y las dudas permean la escritura. Quiero decir que los personajes cobran relieve sólo por sus acciones con relación a su trayectoria guerrera sino por aquello otro que los realza como seres humanos. Además, los vislumbres líricos, a lo largo de ambos libros, llevan al lector a apropiarse de aquellos sucesos sin los reparos que otro tratamiento suscitaría. Y la incorporación de este tono también da cuenta sin tremendismo pero aguda y sensiblemente de los horrores vividos.

El matiz de las narraciones está muy desnudo de calificaciones innecesarias. Fue cuestión de elegir las palabras justas: "La cobija pesaba por el agua, parecía un pedazo de monte que llevaba a cuestras, que lo abastía, que lo despedazaba".

La forma fragmentada que elige Carlos Montemayor le da dinamismo a los relatos. Y no sólo porque se cambie de escenario y

personajes, sino porque el lenguaje de los protagonistas es convincente. El autor consigue ponernos a escuchar dentro de las oficinas militares o gubernamentales o en medio de la sierra con igual soltura.

Pero sucede que no sólo se trata de dos novelas, se trata de armar aquellos hechos lamentables y sangrientos que tanto llevaron a cómo partieron de la clandestinidad y cuyo conocimiento profundo no puede ser del todo claro desde afuera (por algo son clandestinos). De otra parte, los represores con nombre y apellido van creciendo en su infamia, pese, o mejor sería decir, por el lenguaje que emplean. El doble discurso que niega oficialmente la existencia del descontento que dio pie a la guerrilla. Se trata sólo de asaltacaminos o gavilleros que amenazan la paz de la región, y, en cuanto a las labores del ejército, que tortura y mata a la gente, son únicamente las de ayuda a la población. Para el gobierno, en su discurso público, los que luchan serán hombres y mujeres que han abandonado el recto camino buscando sorprender la buena fe de sus vecinos, aunque el discurso privado sí maneje la realidad que niega hacia afuera. Y será Montemayor quien, a su vez, maneje las palabras, el tono, la elusión y el terso sobrentendido en cómo se expresan los funcionarios.

A Lucio Cabañas lo vemos primero tratando de alertar en una asamblea a maestros y padres de familia pero, al ser perseguido, debe internarse por otro camino al que se ve orillado. Y es que Lucio Cabañas, en palabras de Montemayor, tiene prisa, bien sabe que el tiempo debe ser empleado con premura. Así lo vemos ir perdiendo la salud e ir ganando más apoyo de los campesinos pese a la violencia a la que éstos se enfrentan. Y vemos simultáneamente la radicalización de un movimiento que no tenía más alter-

nativa. Vemos también la crueldad especialmente con la que fueron tratados, por los militares, hombres, mujeres, niños. Eso fue entonces, pero bien sabemos que hoy siguen en esta indefensión horrenda.

El estado de Guerrero de pronto se fue llenando de caminos, de postes telefónicos, pero no pensados para la mejoría de sus pobladores sino para adueñarse de medios más efectivos de comunicación para el ejército que buscaba destruir a quienes se negaban a bajar la cabeza. Ahora sabemos cómo acabó todo, pero *Guerra en el Paraíso* pone a la vista la vigencia de la inconformidad en este país que aún está años luz de la justicia.

En ese tiempo las autoridades hablaban de actuar conforme a la ley como hoy hablan de hacerlo conforme a derecho. Sólo cambia el matiz léxico en la retórica de cada época.

Los sucesos que hemos visto últimamente, como las muertes en la mina Pasta de Conchos, por ejemplo, o los conflictos en Oaxaca, nos evidencian la misma colusión de las fuerzas económicas con el gobierno. En el caso de los campesinos del norte, uno de los despojos provino de los dueños de “Bosques de Chihuahua”, y no está de más señalar que Carlos Trouyet, su socio, fue el primer socio mayoritario de Telmex en un intento inicial de privatización de la compañía.

Desde luego que ambos movimientos tuvieron distintos enfoques. En el caso de Chihuahua hubo una participación grande de estudiantes, cosa que no sucedió en Guerrero. Hubo, eso sí en ambos, la misma entrega de quienes arriesgaron o dieron la vida en busca de un estado mejor de cosas. El sacrificio de maestros, estudiantes, campesinos que creyeron posible un cambio.

Otro aspecto que me gustaría destacar es cómo los criterios varían sin remedio, cómo



Carlos Montemayor

no existe una mirada única y cómo las discrepancias, la desconfianza, minan la consistencia de los grupos de lucha que parten de premisas distintas. Montemayor lo destaca como destaca también las rivalidades entre los diversos cuerpos militares y policíacos, así como las de los funcionarios. La lucha por el poder va a corromper siempre a los hombres.

El excelente trabajo del autor hace de estos dos libros una lectura tan interesante cuanto necesaria. Pienso que se debe a la trabazón polifónica que se despliega y que quizá tenga que ver con su amor personal a la música, son algo así como una dramática sinfonía coral. Pero Montemayor no olvida que los personajes tienen una vida privada, que los lleva a volver a otros momentos, “una risa de mujeres ancianas. Un sentimiento ancho, tranquilo, en el que cabía la gente, los recuerdos, los daños que ya

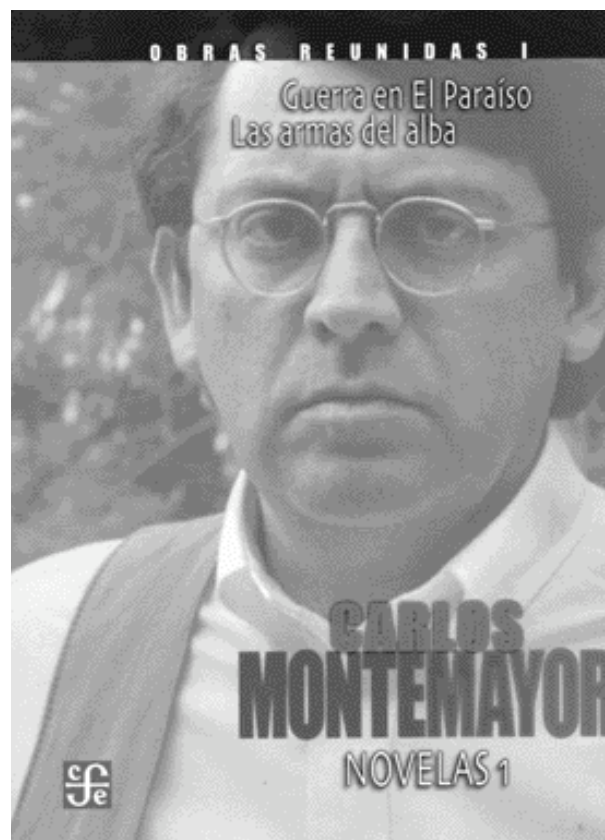
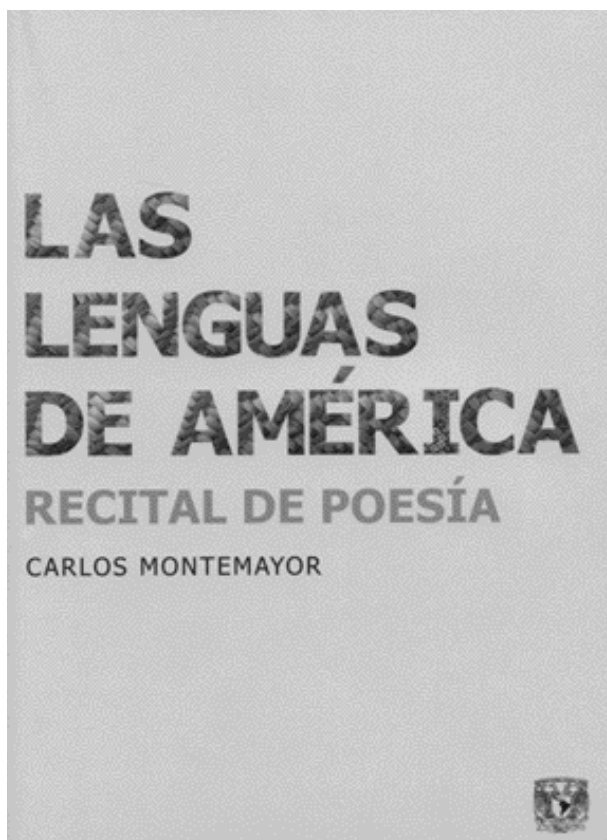
se habían vivido, los recuerdos que ya no era posible rescatar”, evoca Cabañas en la novela en una espera difícil a la orilla del río. Pero asimismo hay espacio para las posibles reflexiones del enemigo, por ejemplo, la de Rubén Figueroa huyendo de su cautiverio:

La verdad humana no era muy distinta de eso que estaba sintiendo en tanta noche, en el aroma del habano y en el aroma de las bugambilias y de las rosas que ascendían hasta él.

El ataque al cuartel de Madera es visto primero en un alarde de tiempo dilatado en la escritura: los cambios de color del amanecer: “Un profundo azul cobalto pugnaba por abrirse paso en el horizonte” o “poco a poco la luz parecía surgir como un puñado de arena”, o “el cielo estaba iluminado y enrojecido;

el sol comenzaba a despuntar”. Así, mientras el cielo se va coloreando lentamente, los atacantes se lanzan a una empresa titánica que terminó mal. En *Las armas del alba* se ofrece una conversación de los sobrevivientes acerca de los errores tácticos de varios grupos que iban a tomar parte, así como de las traiciones que se dieron, aunque tal vez esta conversación resulte demasiado larga. Aquí también había prisa, mucha prisa. Pero es que en un caso como en el otro, las condiciones del país y del mundo permitían suponer que era posible luchar por y con los oprimidos. Era la época en que se desplegaba la última utopía del siglo xx. Así, el profesor Arturo Gámiz dice en un momento: “Nuestro deseo es cambiar el mundo y eso nos llevará mucho tiempo. Mientras más pronto empecemos a luchar por cambiarlo, mejor”.

Uno de los aciertos de Montemayor es no dar una visión maniquea de quienes transitan por estas páginas, aunque las palabras y los hechos se establecen en el juicio que haga el lector.



No es fácil abordar las múltiples aristas de estas novelas, no lo intento, y el desenlace es de todos conocido, pero la fronda de la escritura que va enramando las historias en la selva, en el bosque, en las ciudades nos lleva al estremecimiento, a meditar acerca del tiempo transcurrido desde aquel entonces en que se había creado un espacio de esperanza que se enfrentara a la defensa criminal de los viejos privilegios. Cabañas está al tanto de la muerte de Allende en Chile, de los tirados al mar ahí, pero también de los que lo fueron en aguas mexicanas. De la negación oficial de dichos actos y, desde luego, de la sombra ominosa de la CIA que no es la sombra de los cafetales o de los pinos y sí la de “el ejército (que) era rotundo, inmenso, parecía una ola verde y oscura que cubriera la tierra, los escombros. Cautivaba como una súbita hierba hermosa, ágil, brutal”.

En el poema de Safo, traducido por Carlos Montemayor, dice ella que lo más bello en la oscura tierra no es el ejército sino lo que más ama. Y yo, obviando los dos milenios y medio que la separa de nosotros, digo que los que se levantaron a luchar por lo que más amaban probablemente era a sus semejantes, y que por un trato más justo dieron la vida:

Los cadáveres se movían en la tarima como delgados troncos que fueron chocando unos con otros, blandamente, sin follaje, pero sucios de tierra y de lodo como los árboles reales, ensangrentados y serenos, como las cosas vivas.

Desde esa época el país ha ido perdiendo cada vez más sus árboles, a su gente que emigra sin remedio. El campo ha sido abando-

nado por las políticas miopes que apoyan, más bien, a los grandes empresarios agrícolas. Los pobladores se hacen inmensamente pobres al tiempo que algunos pocos se hacen brutalmente ricos a la sombra de la impunidad que prevalece.

En este volumen de Carlos Montemayor vibra la buena literatura que lleva al lector a repasar la historia reciente y que lo orilla a detener el recorrido de sus páginas con una reflexión amarga. A lo largo de las novelas, el autor se sirve de metáforas para ilustrar los sucesos, y las novelas, a su vez, sirven de espejo a los abusos que se siguen cometiendo en el presente sin que se vislumbre la posibilidad real de un cambio. **[U]**

Carlos Montemayor, *Obras reunidas I*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, 518 pp.

En este volumen de Carlos Montemayor vibra la buena literatura que lleva al lector a repasar la historia reciente.